

EL TRACTATUS: LA PARADOJA SALVAJE

THE TRACTATUS: THE WILD PARADOX

Santiago Garmendia

DOI: 10.26754/ojs_arif/arif.202115316

RESUMEN

La historia exegética del centenario *Tractatus Logico Philosophicus* tiene un hito cuando en un momento dado conviven la lectura irónica de Diamond-Conant con la interpretación esencialista de R. Bradley. Proponemos aquí una forma de comprender al libro de Wittgenstein que no sea ni estática literal, ni dinámica nihilista, sino *dialéctica*, en tanto que postula una forma de leer el *Tractatus* como una serie de movimientos, de afirmaciones y negaciones que pretenden establecer la tesis de la inseparabilidad lenguaje, sujeto y mundo

PALABRAS CLAVE: *Tractatus Logico-Philosophicus*, Nuevo Wittgenstein, posibilismo esencialista, universalismo

ABSTRACT

The exegetical history of the centennial *Tractatus Logico Philosophicus* has a milestone when at one point, the resolute reading of Diamond-Conant coexists with the essentialist interpretation of R. Bradley. We propose here a way of understanding Wittgenstein's that is neither literal and static nor nihilistically dynamics, but dialectic, insofar as it postulates a way of reading the *Tractatus* as a series of movements, affirmations and negations that seek to establish the thesis of language inseparability, subject and world.

KEYWORDS: *Tractatus Logico-Philosophicus*, New Wittgenstein, essentialist possibilism, universalism.

Recibido: 13/04/2021. Aceptado: 24/06/2021

Análisis. Revista de investigación filosófica, vol. 8, n.º 1 (2021): 95-109

ISSNe: 2386-8066

Copyright: Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo una licencia de uso y distribución "Creative Commons Reconocimiento No-Comercial Sin-Obra-Derivada 4.0 Internacional" (CC BY NC ND 4.0)

INTRODUCCIÓN PROPEDEÚTICA

1. El más difícil y el más comentado

Alberto Coffa (1993) ha señalado en *The semantic Tradition*, que el *Tractatus* es probablemente el libro más difícil de entender de la filosofía del siglo XX. Su inextricabilidad radicaría en que cada proposición es la conclusión de un argumento que se encuentra ausente, resultado de una suerte de soliloquio incompatible del autor consigo mismo. En la misma línea, Frege le recomienda al joven Wittgenstein —en una carta del 30 de septiembre de 1919—, que antes de publicarlo reformule su estilo y despliegue sus apreciaciones de un modo amable en distintos artículos, que sí serían publicables en el *Beiträge zur des Deutschen Idealismus*: “¿No podría uno de estos pensamientos, que contiene la solución de un problema filosófico, ser tomado como el objeto de un tratado, y así el todo dividirse en muchas partes, maleables como problemas filosóficos?” (Frege 2003: carta n. 20). Alejandro Tomasini Bassols ha ponderado en distintos momentos el aspecto positivo del desafío de la lectura: luego del arduo trabajo de comprensión, la verdad de lo expresado resplandece y se hace patente de manera tal que el sacrificio es compensado por la recompensa de la claridad. Lo cierto es que, en un caso o en otro, se reconoce la labor hermenéutica inusual para reconstruir razones y causas de las tesis tractarianas.

Por decirlo con una terminología literaria, es un *texto de goce* que desacomoda y problematiza; su lectura no es confortable y plácida sino desafiante, “pone en crisis la relación del lector con el lenguaje”¹. El propio Wittgenstein aludió al *Tractatus* algunos años más tarde en términos de *kitsch*. Consideremos brevemente la entrada del diario donde esto ocurre:

Mi libro, el *Tratado lóg. fil.*, al lado de cosas buenas y auténticas contiene también Kitsch, es decir, *fragmentos con los que he rellenado vacíos y en mi propio estilo, por así decirlo*. No sé qué porción del libro representan tales fragmentos y es difícil juzgarlo ahora correctamente. (Wittgenstein 2000: 16)

¹ “Texto de placer: el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica confortable de lectura. Texto de goce: el que pone en estado de pérdida, desacomoda (tal vez incluso hasta una forma de aburrimiento), hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la consistencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje” (Barthes 1974: 22-23).

Atendiendo a lo resaltado, se entiende que debemos rastrear la médula, las cosas “auténticas y buenas” que forman parte de la arquitectura profunda, y distinguirlas de los “tímpanos gouldianos” que su arquitecto ha olvidado dónde están localizados. Recordamos en nuestra analogía la teoría de Stephen J. Gould, que señala que en la evolución hay subproductos estructurales que son aprovechados secundariamente. Ese es nuestro propósito, identificar ese núcleo duro.

Para alcanzarlo debemos destacar otro elemento. A este trabajo constante de reconstrucción y de valoración de los verdaderos pilares se le suma, para dificultad, la constante evolución de su pensamiento, que impide apoyarse con seguridad en obras posteriores o en los diarios predecesores. Si hay una constante en el pensamiento wittgensteiniano es su autocrítica permanente. Quizá este movimiento incansable se convierte en las *Investigaciones Filosóficas* en un estilo polifónico de voces que se enfrentan, mientras que (recordemos) en el *Tractatus* hay un solo “Tú”, el “du” de 5.633.

Dada esta situación (1. estilo, 2. arquitectura y 3. dinámica autocrítica), son muchas las tentaciones a las que invita un texto así. Como sabemos, en lugar de provocar aversión ha resultado ser una atracción irresistible para los filósofos. La paradoja es que el “libro más difícil del siglo XX” es probablemente el más comentado y discutido en los últimos noventa años. Hay que decir, claro, que muchos abordajes no respetan la máxima coffiana-fregeana de reconstrucción del campo argumental de las proposiciones, y lo que hacen es leer el *Tractatus* desde su propio universo conceptual, aprovechando la nariz de cera que configura este escenario. Vamos a asumir el desafío de reconstrucción de algunos argumentos clave de la obra, al tiempo que intentaremos dar cuenta de la naturaleza autocrítica.

2. Verdades, ironías y moralejas

Nuestra idea es que esta base arquitectónica es algo que denominamos *inseparabilidad Lenguaje-Sujeto-Mundo*. No es una idea original, pero creo que podríamos aportar que es una tesis que se *despliega* de una manera curiosa. Seremos enfáticos en cuanto a la forma de presentación, porque queremos destacar que el *Tractatus* no es estático, sino dinámico. La historia exegética tiene muchas lecturas literales, al tiempo que lo que podemos llamar una interpretación “dinámica” — la de Diamond-Conant (Diamond 1991)— lo ha convertido en un experimento retórico. Esperamos no ser ni estáticos literales, ni dinámicos irónicos, sino *dialécticos*, en tanto que se puede leer el *Tractatus* como una serie de movimientos, de afirmaciones y negaciones que pretenden establecer la tesis de la inseparabilidad.

Proponemos para este objetivo un juego hermenéutico. Vamos a presentar y discutir tres pares de tesis claves de la obra. Se trata de una dicotomía modal, *actualismo-posibilismo*, una semántica, el *universalismo-relativismo*, y una epistemológica, el *solipsismo-dualismo* en el análisis de las proposiciones. Me gustaría decir lo siguiente al respecto, y este es el punto. Vamos a encontrar en cada uno de los casos *dos movimientos* de Wittgenstein que quisiera registrar. Por un lado, vamos a considerar que Wittgenstein asume *provisoriamente* la primera opción de cada par por oposición a su contraria, algo que va a quedar claro al reconstruir el campo de los argumentos. La razón por la cual toma esa decisión está en que esas contrarias (posibilismo, relativismo y dualismo), atentan contra el núcleo duro del *Tractatus* de un modo directo. A ese núcleo lo definimos como *inseparabilidad Lenguaje-Sujeto-Mundo*. Ahora bien, esto no implica que Wittgenstein quede simplemente en ese lado de la dicotomía, con una burda idea actualista, universalista y solipsista). Si prestamos atención a la formulación del *Tractatus* de cada una de esas tesis y a su discurrir, observamos que desnuda también su naturaleza paradójica. Las reformula y problematiza por la misma tesis de la inseparabilidad. Las utiliza para criticar a su contrario, pero también se deshace de ellas mismas, cuanto menos en su concepción tradicional. Un mundo actual pero absolutamente indeterminado, una teoría semántica imposible, un sujeto que se identifica con el mundo.

¿Cuál es la idea fuerza que se despliega en todo este discurrir, una idea que *a la larga* cuestiona las dicotomías modales, semánticas y epistemológicas? Que *lenguaje, mundo y sujeto* son para el *Tractatus* intratables en la medida en que no se pueden convertir en objeto de la reflexión filosófica. No podemos separarnos ni podemos separarlos. Las lecturas que exaltan solo una de las vías (la ontología, el lenguaje o la epistemología) se encaminan entonces a extraviarse.

Luego de presentar estos movimientos (conjeturamos que son posibles otros tantos), vamos a hacer un último juego que nos va a permitir entender su filosofía de la filosofía. Wittgenstein quema etapas con una velocidad impresionante, recorriendo desde adentro viejas y nuevas formas de pensar. Avanza, por así decirlo, atacando su propia posición. Por esto, a la objeción a la filosofía tradicional desde la filosofía del lenguaje, le sigue inmediatamente la negación de la propia filosofía del lenguaje. Detrás de esto, repetimos, está el despliegue de la tesis de la inseparabilidad, defendida con todas las posibilidades filosóficas que Wittgenstein tiene a la mano. Es que, a pesar del afán de atravesar los límites de la época, se encuentra inmerso aún en un vocabulario tradicional de la filosofía, incluso cuando la intuición de la inseparabilidad va mucho más allá de ese lenguaje. En esto radica la explicación de estos juegos dialécticos, en que es un texto de crisis en

sentido gramsciano: “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados” (Gramsci 1975: 37). Hay algo en el *Tractatus* de morbo, de patológico, porque intenta ir más allá de la tradición pero desde ella misma, una lucha por llevar sus elementos hasta el límite del absurdo. Wittgenstein deja exhaustos los conceptos de sustancia, de lenguaje y de sujeto, acelerando su caída, pero sin vislumbrar aún una nueva forma de filosofía.

PRIMERA DICOTOMÍA: ACTUALISMO-POSIBILISMO

1. Presentación de la discusión y descripción de la dicotomía

La modalidad es una categoría de análisis y una discusión del *Tractatus* que ha ido ganando espacio de modo muy lento. C. I. Lewis dijo al poco de su publicación que su éxito sería el fin de la lógica misma “¿Has visto ya el nuevo libro de Wittgenstein? Estoy muy abatido por la estupidez de Russell de escribir una introducción a tal absurdo. Temo que se vea como aquello a lo que la lógica simbólica lleva; de ser así, será el final del tema” (Bradley 1992: xiv)². Sin embargo, principalmente a partir de los trabajos de Von Wright en los ochenta, hay un rescate interesante de estos elementos, que no atañen directamente *cálculo lógico* tractariano, sino a que la posibilidad es la raíz indecible de la concepción pictórica del lenguaje, “el concepto de *Sinn* del *Tractatus* presenta una relación esencial con el concepto modal de contingencia” (1983: 231 y 227). Es decir, que se presta atención a los supuestos modales de la teoría pictórica, que atañen al isomorfismo y a la idea de lógica en el sentido de una estructura común al lenguaje, al sujeto y al mundo. El *Tractatus*, repetimos, no es un idealismo lingüístico donde todo es lenguaje sino, dado el caso, podemos decir que aquí *todo es lógico*.

Creo que cien años después de su publicación, ponderaría un momento de la historia exegética en la década de los noventa. Caminos tan enormemente divergentes hay muy pocos. En primer lugar, la visión austera de Diamond y Conant ha sido un necesario pero hiperbólico llamado de atención sobre el descuido de los elementos fregeanos del *Tractatus*, enfatizando de un modo que podemos llamar obsesivo, neurótico, el auto-jaque (el *self-mate*, como lo llama Peter Geach) de 6.54. El resultado de la escuela americana es insatisfactorio por

² Se trata de una carta que C.I. Lewis envió al editor del *Journal of Philosophy* en 1923. La traducción es mía.

la literalidad con que han realizado tal acento, poniendo a Wittgenstein en una posición francamente absurda, negando su distinción mostrar-decir (Tomasini Bassols 2009: 59-203).

Por otro lado, se ha desarrollado por esa época, con menos pretensiones de enarbolar la lectura del *Tractatus*, una línea que pondera los aspectos modales del *Tractatus*, aplicando lo que debemos reconocer es el farragoso vocabulario de las discusiones modales (actualismo-posibilismo/*haecceitismo*-anti-*haecceitismo*). Me refiero a la obra de Raymond Bradley *The Nature of all Being* (1992) y a todo el cinturón de discusiones modales que le preceden y anteceden. Se encuentran aquí nombres como los de D.M. Armstrong, B. Skyrms y A. Plantinga. La obra ha recibido atención en nuestra lengua en el trabajo de María Cerezo, “Lenguaje y Lógica en el *Tractatus* de Wittgenstein” (1998).

La dicotomía que plantea Bradley, y que nos va a interesar, es si el *Tractatus* es posibilista o actualista. Es decir, hasta qué punto (qué “grado”: mundo, hecho, objeto) está Wittgenstein comprometido con la alteridad modal, con la existencia de otros mundos, otros hechos, otros objetos. Bradley afirma en su momento que el *Tractatus* es posibilista “de cabo a rabo”:

Voy a sostener que la forma que es común a todos los mundos posibles consiste en el conjunto de posibilidades generadas por el conjunto de todos los objetos, *por el conjunto de todos los objetos posibles, por la unión del conjunto de los objetos actuales y de los posibles no actuales.* (Bradley 1992: 44)³

Nuestra postura es que, al contrario, el *Tractatus* no puede ser sino *actualista* en lo que se refiere a los objetos, que conforman la compleja idea de sustancia del *Tractatus*. Para señalar esto nos basta con citar una proposición. Lo interesante está en las razones para tomar esta postura y el despliegue de lo que apenas vamos a poder llamar “actualismo tractariano”.

2. “Opción” actualista y crítica al posibilismo

Vamos a presentar un esbozo de lo que serían las razones para defender, contra el neozelandés, el *actualismo*. Es importante entender que se está eligiendo entre el par dicotómico. Siendo así, hay dos cuestiones que hacen que, en una “primera reacción”, sea natural que Wittgenstein se ubique en el bando actualista, en esta especie de escenografía que hemos creado. Mencionemos brevemente nuestras objeciones a la lectura de Bradley:

³ La traducción y las cursivas son mías.

- (a) El *Tractatus* es modal y por eso no puede ser posibilista. Es una observación general. Creo que es seria y pertinente la crítica de Alvin Plantinga (1987), que está de alguna manera implícita en la objeción de Kripke a la concepción “telescópica” de los mundos posibles. Un posibilismo que dispare la ontología más allá de este mundo y de sus elementos, sencillamente *¡no tiene nada de modal!* Lo modalmente interesante es *este mundo*, sus objetos (y sujetos) y sus posibilidades, no mundos paralelos con individuos “parecidos”. Como dice A. Plantinga: “Supongamos que exista una persona que es muy parecida a ti, y es miembro de algún conjunto del que no eres miembro: ¿es eso relevante para la posibilidad de que tengas alguna propiedad?” (1987: 209). Siguiendo a este autor, digamos que, paradójicamente, el posibilismo es modalmente reduccionista. Si el *Tractatus* es modal, es incompatible con el posibilismo irrestricto.
- (b) En segundo lugar, más interesante para nosotros, veamos cómo no puede ser compatible el posibilismo con el *Tractatus* y su moraleja de inseparabilidad. Sencillamente, el posibilismo que Bradley le imputa implica una perspectiva omnisciente que es totalmente anti-tractariana. Cada hablante es una especie de Dios, que accede a través del lenguaje a todos los objetos posibles. Esta es una confusión importante en tanto que lo que Wittgenstein intenta —como dice Russell, lo consiga o no— es bajar el lenguaje (el *significado*, la *verdad*, la *aseveración*), al lenguaje *de* un sujeto que se vincula con el mundo; y no elevar al sujeto al rango de dios. El hablante no es un Fedro que contempla los significados, sino un sujeto que proyecta, que es *actividad*⁴.

Por eso, en 2.022 dice claramente que “por muy diferente del real que se piense un mundo debe tener algo —una forma— en común con la realidad”. Subrayemos real, pensamiento y alguna forma (*Etwas —eine Form—*) en común.

Bien, esa proposición (2.022) y su corolario de la imbricación entre posibilidad y actividad proyectiva, es exactamente la razón por la cual Bradley hace aquí un movimiento osado, como diría Borges “de un coraje borracho”, que marca con total claridad la posición, o mejor dicho el no-lugar, del hablante para la lectura

⁴ “Nada más ajeno a la filosofía de Wittgenstein que la idea de que hay ciertas entidades llamadas ‘proposiciones’ viviendo desde siempre en un mundo ideal, entidades que nosotros de alguna manera constantemente estaríamos ‘pescando’ por medio de oraciones” (Tomasini Bassols 2003: 29).

esencialista. La solución bradleyana es una mente que imagine todos los mundos, todas las posibilidades, no ya únicamente las contenidas en un mundo real, desplegadas por la actividad proyectiva de un sujeto. Se trata de las posibilidades de los mundos radicalmente distintos, con objetos distintos, y con otro sujeto distinto, a saber, el propio Dios. Literalmente, su lectura de 2.022 es que:

Hay sin embargo mundos posibles en los que los poderes [de pensamiento] se encuentran en la misma línea que los de un ser omnisciente [...] y en esos mundos, lo que podemos imaginar, pensar o expresar como siendo el caso es coextensivo con lo que es lógicamente posible que sea el caso. Lo pensable, imaginable, figurable o expresable lo es desde el punto de vista del ojo de Dios, no desde la perspectiva de nosotros seres finitos. (Bradley 1992: 36)⁵

Creo que son claros los movimientos que hace Bradley en esa operación teórica posibilista. Pone al sujeto y al lenguaje fuera del mundo, en la perspectiva del ojo de Dios, el no-lugar leibniciano de los mundos posibles absolutos. Una posición que no es modal ni tractariana.

3. Problematización de la “opción”

Si bien Wittgenstein cifra (en la conocida sección 2.022-2.063) la forma común a todos los mundos posibles en lo que él llama una sustancia conformada por los objetos, inmediatamente registramos en esa misma sección, que es un magma *empírica y materialmente indiferenciado*. Desde el punto de vista lógico, la realidad no tiene absolutamente ninguna necesidad de ser de tal o cual modo, a tal punto que puede redundar en la extravagancia “chilsholmiana”, recordando el célebre texto de R. Chisholm (1967) en el cual Adán y Noé intercambian hasta la confusión sus atributos, de que estemos ante dos mundos distintos aunque indiscernibles, donde cada elemento puede intercambiar, sin resto, sus propiedades con los demás.

¿Cuál es la razón? El elemento común a todo mundo posible, desde la óptica de la inseparabilidad lenguaje-sujeto-mundo, toma esta forma (“toma esta forma” sería una manera de decir), la de la más absoluta indeterminación, porque de otro modo estaríamos ante una ontología tradicional. El mundo no puede primar sobre el sujeto y el lenguaje. Un rasgo del mundo (empírico, ontológico en sentido clásico) no puede condicionar el lenguaje. Esta es la razón por la cual se opone al Axioma de Infinitud de Russell, y es también la razón por la cual expulsa a Darwin de la filosofía en 4.1122. Un costo enorme que prefiere pagar antes que cargar la tríada en la ontología.

⁵ La traducción y acotaciones son mías.

SEGUNDA DICOTOMÍA: UNIVERSALISMO-RELATIVISMO

1. Presentación de la discusión y descripción de la dicotomía

La idea de este apartado es, de alguna manera, enriquecer nuestra lectura, mostrando cómo se expresa en el *Tractatus* la célebre tesis de la universalidad del lenguaje (lógica como lenguaje, lenguaje como medio universal, absolutismo lógico, etc.). En su clásico artículo “Logic as language and logic as calculus”, el matemático francés Jean Van Heijenoort (1967) plantea una distinción fundamental para comprender el desarrollo de la historia de la lógica moderna: el programa de la lógica como *cálculo* y el programa de la lógica como *lenguaje*. La *Conceptografía* de Frege es, para Van Heijenoort, la piedra basal de la lógica moderna, una fundación a la que califica enteramente dentro de la concepción de la *lógica como lenguaje*.

La característica fundamental de esta corriente es el postulado de la inescapabilidad de la lógica. La tarea de los lógicos es pulir desde dentro la estructura formal de los lenguajes naturales, mostrando, revelando sus supuestos semánticos. Al hacer semántica no creamos nuevas relaciones entre el lenguaje y el mundo, sino que estas se encuentran supuestas en toda conceptualización. J. Hintikka (1967) se hace eco de esta dicotomía ampliándola, más allá de la lógica, a dos perspectivas antagónicas acerca del lenguaje. Las rebautiza en términos de “lenguaje como cálculo” y “lenguaje como medio universal”. Según la segunda: “No podemos, por así decirlo, salirnos de nuestro lenguaje y disfrutar de una perspectiva separada de él. Nos encontramos desde siempre y para siempre semánticamente comprometidos con nuestro único lenguaje coloquial (home language)” (*Id.* 28).

En cambio, el programa del *lenguaje como cálculo* sostiene que es posible reinterpretar masivamente las relaciones semánticas de la misma manera que un cálculo admite infinitas lecturas posibles. No hay entonces una interpretación básica privilegiada de la que no nos podamos liberar, las interpretaciones son más o menos adecuadas teniendo en cuenta la porción de la realidad que estemos considerando y nuestras necesidades teóricas y prácticas. Las entidades a las cuales referimos estarán simplemente determinadas por la pregunta desde la cual estamos concibiendo la formalización. Es claro que hay un horizonte de sentido pragmático, no en vano es Charles Sanders Peirce uno de sus mayores exponentes.

Es decir, que para la corriente universalista, el lenguaje tiene compromisos semánticos invariantes, de tal forma que no podemos tener una panorámica del lenguaje que dé cuenta de estos haustorios fijos (ya sea objetos y conceptos, hechos y nombres, etc.). La concepción opuesta (lógica o lenguaje como cálculo, relativismo lógico, etc.) sostiene una visión menos dramática de la lógica, según la

cual podemos reinterpretar nuestro lenguaje desde diferentes categorías semánticas, porque no somos cautivos de un vínculo básico. “No somos prisioneros de nuestro propio lenguaje... podemos hablar en un lenguaje adecuado de su propia semántica, podemos variar su interpretación” (Hintikka 1997: xi).

El universalismo ha sido la postura señera de los albores de la lógica matemática; recordemos que Frege ha sostenido que su *Conceptografía* no era solo un mero cálculo, sino también (y sobre todo) un proyecto leibiniziano de un lenguaje universal. Señalaremos que, en el *Tractatus*, Wittgenstein no solo adhiere a la tesis universalista, sino que lleva hasta las últimas consecuencias la idea de que la lógica es *una* al negar la separación entre un lenguaje lógico y uno no lógico (y, en ese mismo movimiento, rechazar la existencia de objetos lógicos).

Abundando en nuestro apartado anterior, se entiende con mayor profundidad el rechazo a una noción irrestricta de mundos posibles, si se pretende expresar con ello alteraciones en la estructura ontológica formal del mundo y en la semántica del lenguaje. La noción misma de “mundos posibles” sería entonces absurda. La modalidad tractariana consiste en explorar las posibilidades dadas lógicamente por los objetos referidos.

2. “Opción” universalista y crítica al relativismo

Las principales críticas del *Tractatus* al relativismo pueden reconstruirse en estos términos:

- (a) Ruptura de la simetría LSM. El lenguaje pierde su apel determinante en la medida en que aparece un sujeto que domina el lenguaje en tanto puede variar a voluntad la interpretación, como si fuese un Humpty Dumpty lógico.
- (b) Íntimamente relacionado con lo anterior, el relativismo supuesto en el lenguaje como cálculo permite la posibilidad de metalenguajes que expliquen el lenguaje objeto. En particular la posibilidad de un metalenguaje elucidatorio. Esta flexión implica la designación de las partes del lenguaje como objetos del mismo rango que los objetos del mundo.

Respecto a lo primero, tengamos en cuenta que el relativismo no solo libera al lenguaje de la prisión semántica de una red semántica universal, sino que invita a relativizar las categorías lógicas, permitiendo la reinterpretación masiva al haber despojado a la lógica de compromisos ontológicos⁶. Acerca de lo segundo, recordemos

⁶ “La estructura ontológica del universo (de Frege) se divide en objetos y funciones [...] no puede ser una cuestión de cambiar universos. Uno ni siquiera podría decir que se restringe a un universo. Su universo es *el* universo” (Van Heijenoort 1967: 441). La traducción es mía.

que J. Hintikka llama con ironía “semánticos sin semántica” a quienes, como Frege y Wittgenstein, han tenido profundas intuiciones acerca de los vínculos semánticos básicos, pero que, sin embargo —en virtud de su confesión universalista—, han sostenido que se trata de intuiciones inefables. La distinción decir/mostrar del *Tractatus* es una señal indeleble de su acuerdo con esta imposibilidad: “La figura no puede figurar su forma de figuración, la muestra... no puede situarse fuera de su forma de representación” (2.172, 2.174, ver también 6.522, 3.262 y 5.62).

Según nuestro criterio, lo que está en juego entonces es una defensa de la inseparabilidad LSM, de tal forma que el lenguaje no puede dar cuenta de la relación LM sin suponerla. Esto implica la imposibilidad del ascenso semántico, que como sabemos le cuesta el sentido al TLP.

3. Problematización de la “opción”

Ahora bien, seguir el hilo de la radicalización de la postura universalista es recorrer el *Tractatus* entero. En esa medida Wittgenstein revela que una lógica omnipresente se funde con el lenguaje y el mundo, convirtiéndose en una suerte de sentimiento inexpresable (un *Gefühl*, ver 6.45, 6.53, 5.52, 6.521, 6.522) y la teorización una empresa imposible. Se trata de una estrategia inédita en la filosofía: al auto jaque mate del *Tractatus*, cuya primera movida es 2.172 y su desenlace la conocida proposición 6.54 que se condena al absurdo. Remarcamos que, en este despliegue Wittgenstein pretende establecer que el lenguaje no puede despegarse del sujeto y del mundo para reflejar su forma común. El universalismo es la forma extrema de impedir la escisión. Al costo de la inefabilidad.

ACCESO DIRECTO - ACCESO INDIRECTO

1. Presentación de la discusión y descripción de la dicotomía

En tercer lugar, vamos a ver si podemos mostrar muy brevemente en qué consiste una de las aristas más relevantes del “solipsismo” tractariano. Sencillamente esbochemos una situación que es de particular importancia para nosotros, acerca del análisis de las proposiciones. Extraña y paradójicamente, como todo lo que estamos resaltando, el solipsismo tractariano proviene de negar al “yo” la condición de nombre. Es una consecuencia realmente natural de la teoría pictórica y del factualismo radical que entraña. Tratemos de reconstruir el universo de discusiones que llevan a Wittgenstein a su solipsismo sin sujeto, ateniéndonos a nuestra consigna vertebral de la inseparabilidad.

Lo que está en juego es lo que el *Tractatus* entiende por análisis de las proposiciones. La teoría de las descripciones de Russell ha hecho una mella indeleble en este respecto en el joven Wittgenstein (recordemos 4.0031) pero, una vez más, las modificaciones del vienés producen una posición novedosa, basada en las divergencias de sus supuestos. La teoría de las descripciones permitía a Russell el análisis de los nombres propios (que eran lógicamente improprios) en descripciones definidas, de tal forma que desaparecen las conocidas paradojas de la existencia. Los nombres lógicos son aquellos a los que puedo acceder de modo directo. En algún momento de la filosofía de Russell, se encontraba entre ellos el “yo”. En este período sostiene una asimetría de las proposiciones que a Wittgenstein parece haberle llamado la atención. En resumidas cuentas, una proposición como: *Marcelo es chileno*.

Sería, como señalan Carney y Fitch (1979), singular o general según quién la profiera. En el caso de que el hablante sea el sujeto, o la proposición sea expresada por una tercera persona. El tema es que esta dualidad implicaría, a su vez, un lugar privilegiado del primer caso, en tanto que cuando sea él mismo quien lo haga, “el nombre propio tiene el uso directo *que siempre se quiere que tenga* como simplemente representación a cierto objeto, y no como una descripción del objeto” (Russell 1972: 29-30); lo que sugiere que solo en el caso de la primera persona se podría hablar de un análisis completo de ella, o cuanto menos que el análisis que uno desearía tener, pero que no puede si no se encuentra en ella, es la privilegiada primera persona.

2. “Opción” solipsista y crítica al dualismo

¿Cuál es la solución tractariana? Recordemos de nuestra discusión sobre Frege, que Wittgenstein abandona la identidad y las constantes lógicas como nociones primitivas, entre ellos a los cuantificadores. No puede quedar entonces jamás el análisis en proposiciones generales. No hay dos tipos de proposiciones, ni dos tipos de análisis, ni privilegios. Hay un solo tipo de análisis que termina indefectiblemente en proposiciones elementales con nombres en relación proyectiva con objetos. Enfatizamos que la elucidación no es más que una postura de intratabilidad de los objetos fuera del contexto de la proposición elemental. El “yo” no es un nombre, porque implicaría que sea un objeto entre los demás, y por lo tanto especificable y separable. El yo desaparece en el análisis como objeto, pero asoma como límite de toda experiencia en la medida en que todo lenguaje es lenguaje pensado, toda proposición es la correlación de objetos del lenguaje y del mundo. Defendimos en la primera dicotomía que el significado no es un objeto

de un tercer reino fregeano sino producto de la actividad del sujeto. El sujeto es un límite problemático.

3. Problematización de la “opción”

Parece ser que lo que hay es el lenguaje del sujeto cuya perspectiva no tiene límites. Pero el *Tractatus* va más lejos aún: esta carencia de límites es tal que se convierte en una situación incompatible con la formulación del solipsismo, que pretende justificar el lugar privilegiado del ego como sustancia. Es un sujeto que habla, que proyecta, y en tanto esto es así, siendo el lenguaje una actividad relacional, no puede haber un sujeto sin lenguaje y sin mundo. El sujeto, el lenguaje y el mundo coinciden. Esta es la moraleja del solipsismo tractariano. Se ve en la necesidad de “sacar” al otro, a la segunda y a la tercera persona, no a fin de elevar la potestad de la primera, sino con miras a defender la posición de que no puede haber asimetrías en el entendimiento de una proposición ni objetos como los “yo” que cada uno tiene para sí. “Que el mundo es mi mundo se muestra en que los límites de mi lenguaje (el lenguaje que yo solo entiendo) significan los límites de mi mundo” (5.62). No consideramos que acá se esté estableciendo que el lenguaje condicione al mundo, sino la doble implicación de la “lingüística” del mundo y la “facticidad” del lenguaje. Dicho sencillamente: el isomorfismo.

Notemos que esta asimetría, este dualismo entre objetos privados con hablantes privilegiados y objetos comunes con acceso indirecto que le molesta a Wittgenstein, es comparable a la que ataca, pero desde el flanco contrario, con el argumento del lenguaje privado. Por eso, Cora Diamond (2000), en un artículo muy interesante del que he tomado múltiples elementos, lo lee como un protoargumento contra la privacidad del lenguaje. El asunto en común es mostrar que *no puede haber dos tipos de análisis*. Enfatizamos que en el *Tractatus* la disolución del solipsismo es que no hay un afuera ni un adentro. Esta condición de carecer de reverso y anverso se cumple también para el lenguaje y el mundo, no por coincidencia que “compartan” tan curiosa naturaleza, sino por su identidad estructural.

CONCLUSIÓN

Hemos intentado dar cuenta “metodológicamente” de cierta puja de ideas que llevan a Wittgenstein a hacer la propuesta tractariana, lo cual le confiere más razonabilidad en la medida en que se trata de la defensa de alguna tesis que detectamos (la *inseparabilidad*) y que se puede valorar, por así decirlo, “en la

verdad o en la falsedad” de sus posiciones. A esto podemos referirnos con la denominación de un proyecto tractariano. El segundo elemento que intentamos destacar es la postura, o más bien la permanente dinámica de posiciones de una autocrítica permanente. Una crítica que todavía es insuficiente y no alcanza a ser total en la medida en que no ha logrado despegarse del todo de las dicotomías heredadas. Nos referimos a que, en cierta medida, sigue cautivo de categorías tradicionales contra las cuales parece estar luchando con una enorme astucia, pero en una batalla desigual. Señalamos entonces que el *Tractatus* es un *texto de crisis* en sentido gramsciano. Este despliegue de la inseparabilidad se encuentra todavía imbuido en cierto “vocabulario” metafísico. El sardo, como dijimos al comienzo, señala que una crisis estalla cuando: “Lo viejo ha muerto y lo nuevo no puede nacer. En este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados (Gramsci 1975: 37) ¿Qué ha muerto?

Ha muerto la vieja forma de hacer filosofía, acrítica respecto del lenguaje. El *actualismo*, *universalismo* y *solipsismo* del *Tractatus* son, conjeturamos, formas confusas, “mórbidas”, de defender la inseparabilidad. Su condición patológica, inestable, se hace patente cuando son desarrolladas hasta el límite de la indeterminación, la inefabilidad total y la identificación sujeto-mundo. El *Tractatus* no es más de lo mismo, sino lo último de lo mismo, lo mejor de lo mismo que no logra todavía ser lo primero de lo nuevo.

Por esto, para concluir, dejamos planteados dos movimientos “metafilosóficos” que se relacionan con la inseparabilidad. En primer lugar, tenemos la negación de la filosofía tradicional por no haber comprendido la lógica profunda del lenguaje (4.003). Pero Wittgenstein no pretende sencillamente cambiar una pieza (ontología, epistemología) por otra, está buscando patear el tablero. Inmediatamente debemos advertir, por lo desarrollado en este artículo, que no hay moraleja más tractariana que la imposibilidad de la filosofía del lenguaje, si pretende estudiar el lenguaje sin que intervengan sujeto y del mundo. Queda, quizás, como una síntesis de esta doble negación, el desafío de aceptar los condicionamientos de y al lenguaje, convirtiendo su elucidación en la tarea misma de la filosofía. Vaya este homenaje paradójico a la mayor de las paradojas del siglo XX.

Santiago Garmendia
Universidad Nacional de Tucumán (Argentina)
santiagogarmendia@hotmail.com

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, R. (1974): *El placer del texto*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- CARNEY, J. y FITCH, G. (1979): "Can Russell avoid Frege's sense?", *Mind*, n. 88, pp. 384-393.
- CEREZO, M. (1998): *Lenguaje y Lógica en el Tractatus de Wittgenstein*, Pamplona: EUNSA.
- CHISHOLM, R. (1967): "Identity through Possible Worlds. Some questions", *Nous*, n. 1, pp. 1-8.
- COFFA, J. A. (1993): *The semantic tradition from Kant to Carnap. To the Vienna Station*, Cambridge: Cambridge University Press.
- DIAMOND, C. (1991): "Throwing away the ladder: How to Read the *Tractatus*", *The Realistic Spirit: Wittgenstein, Philosophy and the Mind*, Cambridge: MIT Press.
- DIAMOND, C. (2000): "Does Bismarck have a Beetle on his Box", en A. Crary y R. Read, *The new Wittgenstein*. Londres: Routledge, pp. 262-292.
- FREGE, G. (2003): "Frege's Letters to Wittgenstein on the *Tractatus*" (Trad. al inglés de H. Schmitt), *The Bertrand Russell Society Quarterly*, n. 120.
- GEACH, P.T. (1976): "Saying and showing in Frege and Wittgenstein", en J. Hintikka (ed.), *Essays on Wittgenstein in honour of G. H. von Wright*, Ámsterdam, pp. 54-70.
- GRAMSCI, A. (1975): *Cuadernos de la cárcel*, México: Era, vol. 2.
- HACKER, P.M.S. (1975): "Frege and Wittgenstein on Elucidations", *Mind*, n. 336, pp. 601-609.
- HINTIKKA, J. (1967): "A Hundred Years Later: Rise and Fall of Frege's Influence", *Synthese*, n. 59, pp. 27-49.
- HINTIKKA, J. (1997): "Lingua Universalis vs. Calculus Ratiocinator", en J. Hintikka (comp), *Lingua Universalis vs. Calculus Ratiocinator an ultimate presupposition of Twentieth Century Philosophy*, Noruega: Kluwer.
- PLANTINGA, A. (1987): "Two concepts of modality: Modal realism and modal reductionism", *Philosophical Perspectives*, n. 1, pp. 189-231.
- RUSSELL, B. (1972): *The problems of Philosophy* (1912), Oxford: Oxford University Press.
- TOMASINI BASSOLS, A. (2003): *Estudios sobre las filosofías de Wittgenstein*, México: Plaza y Valdés.
- TOMASINI BASSOLS, A. (2009): "Los límites de la significación", en A. Tomasini Bassols y Silvia Rivera (comps.), *Wittgenstein en español*, Buenos Aires: EDUNLa, pp. 59-203.
- VAN HEIJENOORT, J. (1967): "Logic as Language and Logic as Calculus", *Synthese*, n. 17, pp. 324-330.
- VON WRIGHT, G.H. (1983): *Wittgenstein*. Roma: Ed. Il mulino.
- WITTGENSTEIN, L. (1979): *Tractatus Logico-Philosophicus* (1921), Trad. Enrique Tierno Galván. Madrid: Alianza.
- WITTGENSTEIN, L. (2000): "Movimientos del pensar". *Diarios 1930-1932 / 1936-1937*. Valencia: Pre-Textos.